



# PYRENAICA

ANALES DE LA FEDERACION VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO

*"...para el fomento de la noble afición a la montaña,  
las enseñanzas del excursionismo y el amor a la  
Naturaleza, con especial interés en lo que afecta  
al País Vasco Navarro.."*

MONTAÑISMO-TURISMO Y EXCURSIONISMO-ARTE Y ARQUEOLOGIA-TOPONIMIA  
Y ESPELEOLOGIA-ESTUDIOS E INVESTIGACIONES

AGÜERO

VOL. V

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE - 1929

NÚM. 14

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL: ES PROPIEDAD; DERECHOS RESERVADOS.—AUTORIZADA LA REPRODUCCIÓN CITANDO LA PROCEDENCIA  
EDITORIA: FEDERACIÓN VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO.—DIRECCIÓN POSTAL: BILBAO - NAJA, 3, 4.º IZQUIERDA.  
SUBSCRIPCIÓN ANUAL: PTAS. 2 PARA LOS MIEMBROS DE LA F. V. N. A. Y PTAS. 4 PARA LOS NO MIEMBROS.—NÚMERO SUELTO: PTAS. 1  
COMITÉ DE LA REVISTA: LOS PRESIDENTES DE LAS CUATRO SECCIONES.—DIRECTOR: MANUEL DE LA SOTA Y ABURTO  
ADMINISTRADOR: JUAN JOSÉ BARDESI Y BARANDICA

## LA BELLA AVENTURA DE ANDRÉS ESPINOSA

La noche ha caído profunda y callada sobre la romántica ensenada de Arketas. Es la hora en que solamente el oído ve, porque oye con minuciosidad microscópica. La corriente, al pasar lamiendo la pequeña embarcación en que vivo, entona un glu-glu adormecedor; cruzan las aguas veloces hacia el mar, y de vez en cuando, una bandada de mubles salpica el divino silencio de la noche. Las luces ribereñas se han ido apagando, como ojos que se duermen, y ya no se vislumbra aquel pequeño cementerio donde reposa un gran despertador de juventudes. Sumido en este profundo misterio de noche y silencio, mis ojos van recorriendo la bella aventura de Andrés Espinosa en los Alpes; mi alma, que parece haberse crecido en la calma, se ha unido al alma ejemplar del amigo entrañable; la soledad que me rodea me hace comprender mejor su hazaña, que es un himno de juventud al valor en la soledad. Y sin querer, camino espiritualmente hacia la juventud de mi tierra, porque quiero hablar con ella de la ejemplaridad de Andrés Espinosa, y de su lección valiente y bella.

Al hablar de nuestra juventud, me refiero a la que es neta y exclusivamente nuestra; a la que usa, como distintivo de personalidad, una boina en su cabeza, o empieza a ponerse sombrero con marcada timidez, como consciente de la pequeña traición que está haciendo a su democrática hermandad. A ella, alma palpitante de nuestra Federación, me dirijo con estas líneas, porque creo que ella más que nadie debe cosechar las enseñanzas que se desprenden de los relatos de su hermano Andrés Espinosa. Tal vez él llevó a cabo su aventura alpina, nada más que por proporcionarse un imponderable placer espiritual, sin darse cuenta, de que, toda acción ejemplar, como la flor de mostaza, derrama al florecer semillas de vida. Y lo que éste sin querer nos ha enseñado, tenemos que recordarlo y grabarlo en la mente de esa juventud nuestra, porque ningún paso dado bravamente puede quedar sin huella, y todo acto vigoroso lleva ajena su responsabilidad, dejando una enseñanza en pos de sí, como sombra que nunca se borrase.

Y esta sombra, que es fructífera como la del árbol que juega con el sol para refrescar la tierra, queremos derramarla un instante sobre nuestra juventud. Porque en nuestra juventud esperaremos siempre, porque en nuestra juventud adivinamos latir una promesa de redención, porque en ella yacen dormidos unos designios que algún día han de despertar, y con ella, por eso, platicaremos unos momentos, sobre la hazaña heroica de Andrés Espinosa en los Alpes.

De esa juventud, de ese campo cuajado de boinas, ha salido Andrés Espinosa. Es uno de entre ellos, que para llevar a cabo su aventura, dejó por unos días el almacén en que trabaja, en una de las clásicas Siete Calles bilbaínas. No es un hombre de lejanas tierras el que perpetró la hazaña de andar solitario tres días y medio por las alturas nevadas, apenas probando bocado, durmiendo sobre el hielo, encarándose con la muerte de continuo. Es uno de los nuestros, estrechamente nuestro, porque todos los miembros de esta juventud que a diario convivimos tal vez sin conocernos, somos hermanos en ella, y por encima de todas las diferencias que puede inventar la sociedad, una misma fraternidad de inquietudes y sentimientos nos une, haciéndonos hermanos aunque no sea más que durante esta etapa de la vida, en que nuestros corazones tienen un mismo ritmo de pena y alegría.

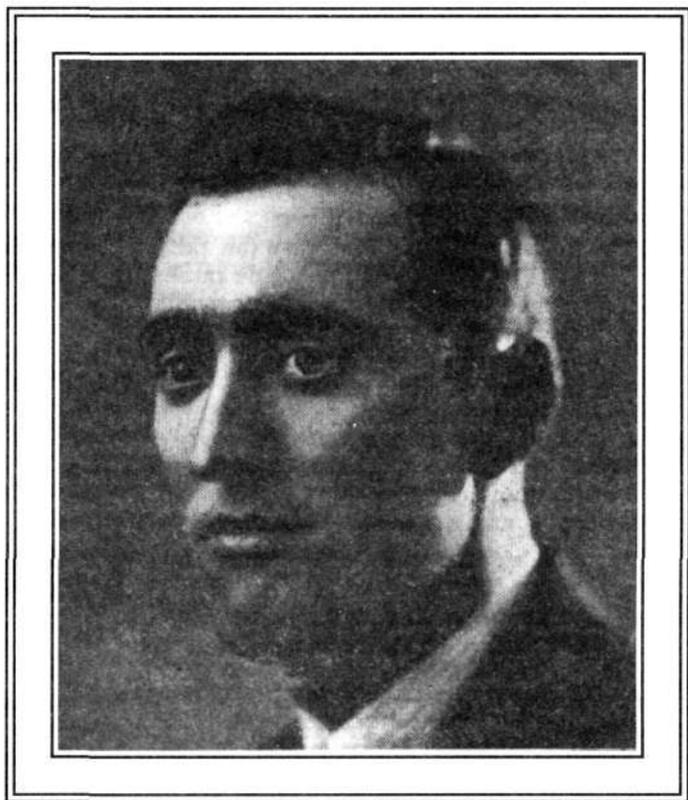
Y Andrés Espinosa fué el escogido, porque él mismo se escogió. Hizo de su voluntad una máquina de potencia brutal, hizo del sacrificio una obligación y del desprecio de la vida punto de partida de su arriesgada aventura, y apoyado en el consejo profundo de su gran amiga, la soledad, se fué con su alma heroica a toda vela, olvidando que ésta vuela para siempre, cuando sentimos por el cuerpo un menosprecio temerario.

Cualquiera de nosotros podría haber perpetrado su hazaña, pero él solo la hizo, porque él es de los pocos que conocen el secreto del heroísmo. «Si héroe significa *hombre sincero*—decía Carlyle—¿por qué cada uno de nosotros no puede ser un héroe?» Creo que, sobre este punto, Andrés Espinosa podría darnos algunas luces.

No ha mucho lefa yo una pobre conferencia, girando en torno de una bellísima frase del poeta Plaul Claudel. Y hoy quiero una vez más traer a cuento aquellas palabras, porque nunca me creeré cansado de repetirlas, y porque nunca como ahora toman vida entre nosotros. «No creáis—decía el poeta—a los que os aseguren que la juventud se ha hecho para la diversión; la juventud no se ha hecho para el placer, la juventud se ha hecho para el heroísmo.»

Y ésta es la primera cualidad que hay que destacar en Andrés Espinosa: su concepción heroica de la juventud. Para él, la suprema diversión consiste en algo

que posea apariencias de imposibilidad, y parece que no puede dar goce a su vida, sin colocarla en trances de riesgo. El peligro es un viejo amigo de él que no le asusta, y cuando lo ve acechándole en su derredor, lo considera como una de las fuerzas que fatalmente ha de gravitar sobre nosotros. «No me apura nada, no pienso en nada—dice al empezar a descender de la cumbre del *Mont-Blanc* a las nueve y media de la noche—, ahora para mí no existe otro mundo que éste. Mira uno a los pendientes abismos, como si contemplase a los llanos; ni siquiera un momento de



**ANDRÉS ESPINOSA ECHEVARRÍA**

vacilación, ni de temor de caída; tranquilidad, serenidad». Este es el temple de su alma, que lo demuestra en todo momento, y con más elocuencia aún, cuando las garras de la muerte están próximas a hacer presa sobre él; lea el lector el relato de su caída descendiendo de noche la *Aiguille du Midi*, y entonces se dará cuenta de la increíble serenidad con que vibran las fibras espirituales de un hombre verdadero. ¿Qué le importan a Andrés Espinosa los sufrimientos de cansancio, los sufrimientos de hambre, los sufrimientos de frío, si allí, en el paraje más elevado de Europa, sumido en soledad y misterio imponderables, esa alma suya, tan espléndida, iba a empaparse de unas emociones ideales, que él sólo es capaz de compren-

der? Cuando uno se percata de la magnitud de su hazaña, se nos figura pretencioso el permitir que a uno de nosotros se nos califique de *sportman*; no sé qué nombre vamos a escoger para diferenciar a estos hombres que han hecho del deporte una escuela de heroísmo.

Pero me voy a permitir dar un horario conciso de su conquista solitaria del *Mont-Blanc*, porque considero que nada hay que retrate a Andrés Espinosa con rasgos más veraces:

- 14 de Julio.— 4,30: Salida de Chamonix.  
7,35: Chalet Pyramides (una buena jarra de leche de cabra).  
11,30: Frugal comida con un poco de agua en los *Grands Mulets*.  
16,15: Grand Plateau (galletas, un poco de leche condensada y agua de nieve).  
18,30: Refugio Vallot (lata de mermelada dejada por unos alpinistas).  
21,10: Cresta del *Mont-Blanc*.  
22,30: De vuelta en el Vallot (un pedazo de tortilla que no lo puede comer, trozos de carne incomibles. Se queda sin comer. No duerme).
- 15 de Julio.— 6,00: En marcha hacia *L'Aiguille du Midi*.  
10,15: Desayuno insignificante.  
21,15: Cena un sorbo de agua.  
22,30: La luna se esconde.
- 16 de Julio.— 4,15: Camino de *L'Aiguille du Midi*.  
10,00: Da fin a sus escasas provisiones.  
12,05: Cumbre.  
13,10: Comienza el descenso.  
21,00: Caída peligrosísima, estando a dos pasos de la muerte. (Y *duerme, sin probar bocado, en el «Mar de Hielo»*).
- 17 de Julio.— 4,30: Empieza a caminar hacia Chamonix.  
13,20: Andrés Espinosa llega a Chamonix.

Es tan intensa la emoción que me produce este itinerario, que no encuentro palabras para comentarlo. La marcha penosa del buen amigo, dando un ejemplo incomparable de sacrificio y abnegación, por alcanzar desinteresadamente un ideal, me llenan el alma de una admiración y una congoja que no puedo definir. Y parece que el silencio me llama a sus moradas.

Pero no quiero terminar estas líneas sin hacer resaltar otro de los rasgos más característicos de Andrés Espinosa: su amor acendrado de la soledad. En él estriba, a mi juicio, la mejor demostración de la grandeza de alma que atesora nuestro dilecto compañero. Porque lanzarse solitario a una aventura de tamaña envergadura, quiere decir que no solamente no conoce el temor de la soledad al hallarse frente a frente con las fuerzas indómitas de la naturaleza, sino que, por el contrario, le atrae esa soledad y la busca, porque conoce el temple bravío de su alma y con ella quiere iniciar un coloquio espiritual y unirse estrechamente, al experimentar la refinada crueldad de los momentos difíciles que ponen su vida en entredicho.

La condición sobresaliente que comunica heroicidad a las hazañas de nuestro siglo, es la soledad. Por eso no creemos exagerar al colocar a Andrés Espinosa,

nuestro solitario de las montañas, en el rango privilegiado que ocupan Lindbergh, el solitario de los aires, y Alain Gerbault, el solitario de los mares.

Una bienaventurada mujer francesa, Eugenie de Guerin, hablando con cierta conmiseración de la juventud, decía con palabras deliciosas, que «los pobres jóvenes tienen necesidad de envejecer para purificarse, como algunos arroyos que no se hacen claros hasta llegar muy lejos».

No creo que podríamos aplicar esta frase a Andrés Espinosa. Las aguas de su arroyo son limpias y transparentes desde su nacimiento, como las que brotan en las cumbres de las montañas. Por eso no puedo menos de recomendar a nuestra juventud se incline sobre su cauce con la boina en la mano, para que contemple con veneración fraternal, su fondo que reluce maravilloso bajo la corriente que avanza siempre purísima, con sed de lejanos horizontes.

MANUEL DE LA SOTA.

